

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 10-11): *La palabra no volverá a mí vacía.*

Salmo (64, 10-14): *«La semilla cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8, 18-23): *La creación está gimiendo.*

Evangelio (Mateo 13, 1-23): *El que tenga oídos que oiga.*

Nuestro tiempo no se caracteriza por la abundancia de frutos pastorales. En ocasiones vemos manifestaciones en la que grupos de jóvenes y adultos jalean su fe; pero hoy estamos más acostumbrados a ver iglesias cerradas y templos casi vacíos. Y nos duele. La vida pastoral de muchas comunidades languidece y se percibe una sensación de desencanto y de cansancio. La falta de vigor pastoral, la desconexión con las generaciones más jóvenes y con su cultura, la lejanía de los problemas que vive la sociedad y la crisis de fe, son algunas causas de este desencanto.

Los cristianos estamos llamados a sembrar... como el sembrador, pero también a dar fruto y recoger la cosecha. Entre una y otra hay que preparar la tierra, abonar, labrar, esperar... y confiar en que el proceso de crecimiento llegue a buen término. Y cuando esto se cumple... hay cosecha, incluso abundante. La pastoral es sembrar y trabajar para que haya buenos frutos. En los campos de Dios necesitamos herramientas que nos ayuden a anunciar el Evangelio. Todas nuestras acciones y estructuras pastorales están al servicio de la misión.

Hoy todo es complejo, pero la Iglesia sigue sembrando, y cada uno de los cristianos comprometidos también. La tierra que pisamos es fecunda y sigue necesitando el Evangelio de Jesucristo. No podemos parar la siembra, pero tampoco perder la ilusión por los frutos. La cosecha será abundante si nuestra pastoral va directa al corazón y la vida de las personas; si generamos auténticos lugares de encuentro y verdaderas propuestas que presenten el Evangelio de un modo que pueda ser comprendido y vivido hoy.

No necesitamos una tierra distinta; tenemos tierra abundante para sembrar. Necesitamos herramientas nuevas y colaboradores del Sembrador que apuesten con pasión y con libertad, por la actualidad de anunciar y vivir el Evangelio en este momento de la historia, tan apasionante, como nos ha tocado hacerlo. Y si alguien tiene alguna duda... que aprenda a reconocer y valorar los frutos que vienen de Dios. Él es el buen sembrador que siempre cuida la tierra, aunque nosotros no lo sepamos ver.

Los cristianos somos los jornaleros del campo de Dios. Él nos ha llamado y cuenta con cada uno de nosotros para esa tarea. No importa la edad, no importa la condición, no importan el sexo ni la raza,... la llamada es a ser colaboradores con el auténtico Sembrador que es Jesús. Y nosotros a sembrar en serio... arriesgando, confiando y trabajando para que haya una buena cosecha.

Así lo hizo Jesús cuando sembró la palabra en quienes le escuchaban... **y germinó**; cuando ofreció su perdón a quienes estaban al margen... **y los reconcilió**; cuando regaló la salud a quienes estaban enfermos... **y los curó**; cuando repartió toda la comida que tenían... **y sobró**. Él arriesgó, confió y trabajó... y los frutos fueron abundantes.

Para trabajar en el campo de Dios, en primer lugar debemos acoger la semilla del Reino y dejar que fecunde en nuestra vida. Necesitamos estar arraigados en Cristo y hundir nuestras raíces en Él. Anunciar y vivir el Evangelio es algo demasiado importante como para hacerlo a la ligera. Después vendrá el esfuerzo, el trabajo y la dedicación. Sembrar el Evangelio no es una anécdota. El sembrador necesita valentía, pasión, arrojo... para proponer el Evangelio. Y también paciencia y respeto... un regalo nunca se impone.

Los cristianos somos trabajadores de la fe y queremos vivirla y anunciarla en todos los lugares. No podemos quedarnos encerrados en nosotros mismos. Estamos llamados a sembrar incluso entre zarzas. El Evangelio ha de llegar a todos (familiares, amigos, conocidos, vecinos...), como ha llegado a nosotros. Somos sembradores a la intemperie, como el del Evangelio.

La cosecha de la parábola es desbordante, como los frutos de Dios. Pero ¿solo recoge quien siembra? Es una cuestión de amor y fecundidad. El Evangelio no vence, no se impone... se regala, se ofrece, se da... ahora está en nuestras manos, para que lo sembremos. Dios hará el resto.